

UNA BANDERA PERUANA DE GUERRA DONADA AL MUSEO DEL EJERCITO ESPAÑOL



En el Museo del Ejército, de Madrid—el primero en su género en el mundo—, se celebró el jueves, diecisiete de febrero último, la solemne entrega de una bandera de guerra que el Gobierno del Perú regaló a España. Esta bandera ha venido a sumarse al grupo hermanado de otras banderas que anteriormente fueron entregadas a España por diversas naciones hispano-americanas y que también figuran en el citado Museo del Ejército.

El embajador del Perú, D. Raúl Porras Barrenechea, salió de la Embajada en un landó descubierto, acompañado por el comandante Caio—portador de la bandera—y el comandante Gambetta, ambos agregados a aquella Embajada. Les daba escolta un batallón de Caballería del regimiento de Montesa. En la explanada del Museo, el batallón del Ministerio del Ejército, de Madrid, con bandera y música, rindió a la representación diplomática del Perú los honores de rigor. Al acto asistieron los ministros españoles de Asuntos Exteriores, del Ejército y de Educación Nacional, el Capitán General de la Primera Región Militar, el alcalde de Madrid, el presidente de la Diputación, el director del Instituto de Cultura Hispánica, y otras altas autoridades civiles y militares.

Durante el brillantísimo acto—el embajador de la gran nación americana, Excmo. Sr. D. Raúl Porras Barrenechea, pronunció el magnífico discurso—sintesis admirable del espíritu hispánico y bella lección literaria—que reproducimos a continuación.

VENIMOS los peruanos desde nuestra vieja tierra del oro y del sol, trayendo una nueva enseña que el tiempo no ha descolorido aún, pero entre cuyos pliegues pasa un soplo milenario de leyenda, para depositarla en este plantel de gloria en que reposan las banderas más gallardas de la historia del mundo: las que se irguieron en todos los recodos y pasos de Europa para defender el ideal de la caballería cristiana de Occidente, las que se izaron en Granada y en Lepanto, las que llevaron las mesnadas del Cid y los tercios de Gonzalo de Córdoba, y las que, cansadas de vencer, detrás de las columnas de Hércules, surcaron los mares para llevar, en las combas de sus naves, el legado de la civilización occidental a un mundo nuevo, en una permanente e irrenunciable voluntad de cruzada.

Nobleza por hidalguía, España retorna, con este magnífico homenaje a nuestra bandera, el gesto de devoción filial del Perú, al enunciar, como un postulado de su política internacional, el deber de no interrumpir jamás las relaciones de afecto y el sagrado parentesco de los corazones que unen a España con los pueblos de América. El Perú que no ha renunciado nunca al legado de su tradición española y que guarda, como los mejores resortes de su independencia, el idioma, la religión y las costumbres, y el estilo de vida que le llevaron los gerifaltes del siglo XVI, el Perú que, según dijera el más grande de nuestros poetas, tiene todavía «a Cervantes por el mejor Virrey», no suscribió, ni pudo suscribir nunca, un pacto por el cual se excluyera a España de los conciertos internacionales del mundo. Y no podía hacerlo, porque la voz de su sangre doblemente mestiza e imperial—es decir, de tradición ecuménica—le decía que fueron juristas y teólogos españoles los primeros que enunciaron la doctrina de la igualdad jurídica de los pueblos y de los hombres, y que fue España la primera potencia que, venciendo todos los prejuicios feudales de desigualdad entre los hombres, preconizó y puso en obra el dogma de la fraternidad de todas las razas del mundo.

En el sentir del Perú, paladín en América de la fraternidad hispano-americana, de la igualdad jurídica de los pueblos y del respeto de la soberanía de los débiles, por su defensa del principio de la no intervención, no cabía excluir a España, maestra de las democracias del mundo, de una asociación de pueblos fundada para defender los principios de la libertad y de la igualdad humanas que nacieron, acaso, en su forma más pura y más noble, en el seno de las comunidades libres de Castilla.

La paz y la convivencia internacionales no podrán restablecerse en el mundo mientras existan en el derecho, estados grandes y pequeños, absolutismos ideológicos, vetos y exclusiones, y mientras, encerrados entre las fórmulas estrechas de convencionalismos políticos, no se dé cara a la verdad y en vez de exigir a todos los estados fórmulas de organización que son ajenas a su evolución vital y a su propio y libre albedrío, y son además accidentales y perecederas, no se considere, en primer término, los valores éticos, que son eternos, y no se halle, al margen de las cotizaciones de Bolsa y de las estadísticas de guerra, una ancha senda común para los pueblos que buscan los caminos providenciales de la Historia y confían en Dios.

pedrerías bíblicas. El tesoro de los Incas que cayó en las manos audaces y generosas de Pizarro y de los argonautas españoles, fué el más grande golpe de la aventura que conocieron los siglos, el verdadero Vellocoino de oro de la Edad Moderna. Con el oro de Atahualpa, como dijo el cronista Gómara, los españoles «hinchieron la Contratación de Sevilla de dinero y todo el mundo de fama y deseo». Y por un destino misterioso que acusa la vocación histórica del Perú, el oro de los Incas, acumulado durante siglos en el Coricancha sagrado, dedicado al culto del Sol, sirvió a Carlos V para defender la civilización cristiana en Viena, en Túnez y en Argel. Pero, en compensación, el pueblo español nos devolvió en el oro infungible de la leyenda la frase de «vale un Perú».

España nos dió, como a los demás pueblos de América, los beneficios de la cultura occidental, la ciencia y la técnica del Renacimiento, sus artes, sus costumbres y sus letras, la gracia de sus coplas y sus romances, su lengua incomparable y la luz del Evangelio que valían más que todo el oro y las piedras preciosas arrancadas a sus minas y sepulturas. Pero el Perú le dió algo más: la prestancia metropolitana de su Virreynato encarnado en la gracia mística y cortesana de la Ciudad de los Reyes, y le dió, sobre todo, el señorío de la Cultura antártica. Las lanzas y las ballestas del iletrado Capitán del Perú llevaban en sus puntas, como hubiera dicho Ortega y Gasset «el bacilo de su cultura» y éste se transformó bien pronto, en el suelo propicio del Perú, en la más rica vena espiritual de Hispano-América; floreció en crónicas de guerra ascéticas, en milagrerías conventuales, en sonetos petrarquistas, tesis latinas, gramáticas y vocabularios, en el dulce y desmayado lirismo de la epístola de la Amarilis peruana a Lope de Vega o en el Apologético del Indio cuzqueño don Juan de Espinosa Medrano, el Lunarejo, en loor y defensa de Góngora que fué, según el decir de Menéndez y Pelayo, «como una perla caída en el basural de la retórica culterana». Y como muestra de esa predilección hispánica por el Perú que tuvo su viaje de retorno a España en Amarillis, en Garcilaso y el Lunarejo, ostentó Lima la primera Universidad del continente, el primer libro y el primer diario de Sudamérica, y, además, el señorío poético de su Academia Antártica, presidido por un virrey poeta—el príncipe de Esquilache—y loada por Cervantes.

Todo ello, y algo más pretérito y lejano, viene en los pliegues de esta bandera, a confundirse con los viejos y con los nuevos pendones españoles de las Navas de Tolosa o del Alcázar de Toledo. La enseña del Perú, cuyos colores blanco y rojo, como de sangre sobre la nieve de los Andes, escogió el guerrero sin mancha, José de San Martín—siguiendo el vuelo de una bandada de aves blancas y rojas en la bahía de Paracas, un día de la anunciación de la libertad del Perú—, tiene los mismos colores que la predestinada bandera de Castilla y de León—roja y blanca, de castillos y leones—, que llevaron a América los primeros descubridores.

La bandera del Perú es, sin duda, una de las más jóvenes banderas del continente americano, porque el Perú, tradicionalmente, bajo las banderas realistas o patriotas, no consideró nunca como enemigos, ni aun en los momentos más duros de la guerra de la independencia, a los soldados y generales españoles. En nuestras historias serias y en los relatos amenos de Palma, sobre las campañas de la Emancipación, suenan con simpatía los nombres de los generales peninsulares, que

historia una maravillosa eclosión de leyenda que trasciende pasado y es embrujo poético en las narraciones de Garcilaso y de Palma. Y, aunque el nombre del Perú fuera dado por los españoles, en uno de esos bautizos del azar, que rematan ilógicamente una colosal aventura, la patria peruana había nacido ya, con otro nombre, cuando los Incas del Cuzco descendieron de la meseta y llevaron su bandera imperial, el «suntur paucar»—que tenía los colores del iris y las imágenes de sus dioses—que guiaban a las banderas—, a la conquista del mar Pacífico, donde florecían las civilizaciones magníficas del Chimú y de Nazca, con la policromía maravillosa de sus telas y cerámica. El triunfo de los Incas se debió a su técnica de los metales y a su organización social, pero sobre todo a la creación de un ejército o de una milicia, que es ya índice de una patria y de una conciencia nacional. Así surgió el Tahuantinsuyo—el Perú prehispánico—que comprendía casi toda la América meridional, desde el Angasmaya o río Azul hasta el Maule, frontera indomable de la Araucanía. El órgano de esa grandeza imperial, semejante a la legión romana, a la falange macedónica o al tercio español del siglo XVI, fué la institución incaica del *huarachicu*, especie de orden de caballería en que los jóvenes incas se preparaban para la defensa de la patria en ejercicios de valor, estoicismo y destreza. Estas milicias incaicas, poseídas de una fe—la protección del Sol, padre de los Incas y la ayuda invisible de los *Pururauca*s, guerreros de piedra que ayudaban a los quechuas del Cuzco en los combates—crearon la grandeza del Perú incaico y marcaron, desde los tiempos prehispánicos, ese destino civilizador que aun reconoce la arqueología en los templos y tumbas, en los acueductos y andenes, en los artefactos de metal o de barro, regados por las quebradas y valles andinos, y en el sentimiento jurídico y humanitario del Imperio que reformó las costumbres y levantó el nivel social y espiritual de las tribus bárbaras de la América del Sur.

Cuando sonó la hora de la emancipación, el Perú prolongó su adhesión a España y defendió una tradición, que hubiera sido digno renovar dentro de los mismos postulados éticos y deberes de solidaridad étnica, en una nueva fórmula de armonía y de convivencia, para defender los ideales comunes e indivisibles de la cultura española en el mundo. En la guerra civil de la independencia, los criollos del Perú, que tenían privilegios iguales a los españoles de la Península, lucharon por diez años en favor del mantenimiento de la unidad hispánica y de la permanencia de España en América. Ejércitos peruanos se batieron en el Alto Perú bajo las órdenes del general peruano Goyeneche, en Chile y en Quito, bajo el férreo mando del Virrey del Perú, don José Fernando de Abascal, caudillo de la Contrarrevolución, que tiene en la América española del siglo XIX el mismo gesto medieval de Felipe II encarnando, en la Europa luterana del siglo XVI, el espíritu ascético y jerárquico de la Contrarreforma.

El Perú, cuyos hijos, indios y criollos, servían, indistintamente, bajo las banderas realistas o patriotas, no consideró nunca como enemigos, ni aun en los momentos más duros de la guerra de la independencia, a los soldados y generales españoles. En nuestras historias serias y en los relatos amenos de Palma, sobre las campañas de la Emancipación, suenan con simpatía los nombres de los generales peninsulares, que

hicieron florecer, hasta el último momento, la hidalguía española para la lucha: el general Valdez, modelo de caballería con su adversario Sucre y asombro de estrategias con sus marchas aceleradas e increíbles a través de los Andes, conduciendo a los indios peruanos—los soldados más resistentes para las marchas a pie, en los tiempos de Valdez, como en las épocas de Huayna Capao y del Demonio de los Andes—y el General Canterac, el magnífico soldado de Junín y Ayacucho, que no temió, en su célebre carta a Bolívar, reconocer el brillante triunfo de su contendedor. La propia batalla de Ayacucho, que por ser el último campo de combate en América tuvo que estar en el Perú, fué un episodio genuino de guerra civil en que los combatientes se abrazaron antes de luchar y en el que, porque ondeaba ya sobre el campo la bandera peruana, con sus colores, símbolos de generosidad y de heroísmo, no hubo ni vencedores ni vencidos.

Esta bandera bicolor ha flameado durante más de cien años sobre una república inquieta y en formación, ha sido creada en luchas y revueltas intestinas, por la pólvora monotonera de las insurrecciones; ha ondeado, sobre nuestros templos y nuestras universidades, o en el asta de nuestros barcos defendiendo la soberanía nacional, o llevando la civilización y el Evangelio en la canoa misionera a la selva amazónica; pero simbolizando siempre, a pesar de adversidades y de infortunios el impulso civilizador del Perú. Junto a ella, como antes junto a la Cruz y al pendón de Castilla, han surgido siempre el camino y el sembrío, la escuela y el hospital, el templo y la biblioteca.

Podemos, por esto, depositar esta bandera blanca y roja del Perú en este osario de recuerdos heroicos, con orgullo y sin remordimientos. Ella es digna, os lo aseguramos, de su tradición hispánica y puede figurar sin mengua al lado de las banderas de Lepanto y de Trafalgar. El tiempo ha acallado los odios y reavivado la armonía entre los pueblos de América que alguna vez se enfrentaron contrariando el destino de su fraternidad, pero no es posible silenciar el heroísmo de quienes murieron por defender nuestro legado espiritual y la integridad de la patria, al pie de esta bandera. Simbólicamente están inscritos entre sus pliegues los nombres de Bolognesi y de Grau. De Miguel Grau, el marino sin tacha que supo, como sus hermanos de Trafalgar, combatir contra fuerzas mayores, y dar cara al infortunio, cumpliendo siempre su destino caballeresco de perder con honra y de vencer sin odio; y de Francisco Bolognesi que, en su reducto de Arica, arrinconado entre el mar y el desierto, en el pedestal de un morro solitario, prefirió morir quemando el último cartucho antes que rendirse al adversario, superior en armas y efectivos, como un viejo retoño del indomable arresto de sacrificio y de hombría de los defensores ibéricos de Sagunto o de Numancia, de Gerona o de Zaragoza.

Quede en este Museo, regido por un benemérito general español que es para honra nuestra general del ejército del Perú, nuestra bandera histórica, pero ella seguirá siendo, afuera, regazo de ilusiones y de esperanzas. El Perú renueva ante ella su fe en los destinos del mundo hispánico, su vocación histórica de afirmar el legado ético de la hispanidad en las costumbres, en el arte y en el alma de sus ciudades y particularmente el voto de mantener incólume el idealismo jurídico de su política internacional.